

SEBASTIÁN DE APARICIO: UN SANTO MEDITERRÁNEO EN EL ALTIPLANO MEXICANO*

Pierre RAGON

La cristiandad mexicana del siglo XVI suele describirse ante todo como una cristiandad misionera. Esta perspectiva, si bien traduce una de sus dimensiones esenciales, no deja de truncar una realidad infinitamente más compleja. En efecto, aunque la evangelización de las poblaciones amerindias constituía el principal quehacer del momento, el clero y los inmigrantes laicos procedentes de Europa distaban mucho de subordinar todas sus preocupaciones espirituales a la conversión de los neófitos indígenas. Debido a la primacía concedida al estudio de la evangelización paradójicamente la fe vivida por los clérigos y laicos españoles ha sido objeto de pocos estudios concretos, a pesar de que su conocimiento es indispensable para la correcta comprensión de los procesos que rigieron la formación del cristianismo colonial. Ciertamente es que en ocasiones se ha subrayado la influencia del erasmismo sobre el clero misionero, en la época de Carlos V. Asimismo, se ha mostrado, aunque tal hecho sea menos conocido, cómo la Nueva España había servido de último refugio para cierto número de corrientes espirituales condenadas en la propia España como heterodoxas, verdaderos alumbrados o devotos espirituales que coqueteaban con la herejía sin jamás rebasar el límite que habría provocado su condena, a semejanza de Gregorio López.¹

Sin embargo, se ha prestado menor atención a la forma más común de la sensibilidad católica que los españoles introdujeron en el Nuevo Mundo: este cristianismo “popular” que Jean-Michel

* Traducción del francés: Jean Hennequin

¹ Álvaro Huerga, *Historia de los alumbrados: los alumbrados de Hispanoamérica (1570-1605)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, v. 3, 1986; Alain Milhou, “Gregorio López, el iluminismo y la Nueva Jerusalén americana”, *IX Congreso Internacional de Historia de América*, Sevilla, AHILA, 1992, v. 1, p. 31-56.

Sallmann encontró en el reino de Nápoles o que William Christian describió para la Castilla del siglo XVI bajo el nombre de religión “local”, un cristianismo que, sin embargo, estaba muy presente en la Nueva España, tanto en los conventos (como se desprende de las crónicas religiosas), como entre los inmigrantes laicos. La fama de santidad de la que gozaba Sebastián de Aparicio (1502-1600) y la abundancia de archivos suscitados por los trámites que se emprendieron con vistas a obtener su beatificación tan pronto como murió, arrojan una luz particularmente viva sobre la sensibilidad religiosa de los colonos españoles de la región de Puebla, donde el beato terminó sus días.

A primera vista, la historia personal de Sebastián de Aparicio y la del progreso de su causa de beatificación, son ricas en paradojas. Aunque nunca predicó la palabra divina, Sebastián de Aparicio fue el único franciscano de la provincia misionera del Santo Evangelio que obtuvo un título de santidad, mientras que su orden renunciaba a defender la causa de sus padres fundadores. En el momento en que los voceros de la Nueva España iban relacionando progresivamente la búsqueda de la canonización con la afirmación de la identidad criolla, tanto por su vida como por la sensibilidad religiosa que cristalizaba, Aparicio aparece como un personaje muy europeo. Finalmente, mientras que la Iglesia de la Contrarreforma buscaba santos que fueran ante todo modelos de virtudes cristianas, muy pocos elementos en la vida de Aparicio lo señalaban como tal. Esto nos indica que su beatificación respondía a expectativas muy distintas y revela otra dimensión de la Iglesia novohispana: Aparicio no es un santo² clerical, su beatificación fue el resultado de la tremenda presión ejercida por la opinión pública, y su fama de santidad era fiel reflejo de las preocupaciones religiosas de los colonos españoles de la región de Puebla. A este respecto, su proceso de canonización ofrece un excepcional testimonio acerca de la sensibilidad religiosa de los poblanos del siglo XVI.

² No empleamos este término en su uso canónico (canónicamente hablando, Aparicio fue un venerable, y después un beato), sino traducimos con ello el juicio de su público, que lo consideraba como tal.

Un hombre común, alcanzado tardíamente por la gracia

La vida de Aparicio ha sido objeto de amplias descripciones por parte de sus hagiógrafos. El primer relato de la misma se dio a conocer dos años después de su muerte, gracias al propio Juan de Torquemada. En esta primera *Vida ... del venerable fray Sebastián de Aparicio*, editada en México en 1602, y reeditada en Valladolid en 1614, el cronista franciscano describe (en once capítulos) los principales episodios de la existencia del beato, exalta luego los signos de su elección divina y sus virtudes cristianas (nueve capítulos), antes de evocar su muerte maravillosa (seis capítulos) y de presentar un pequeño catálogo de 50 de sus milagros, distribuidos en tres capítulos.³ De organización clásica, esta obra es fruto de una auténtica hazaña, puesto que sobre la vida propiamente dicha del santo poco había que decir, y de sus virtudes cristianas no se destacaba nada que fuera realmente sobresaliente. Esta proeza fue compartida por todos sus sucesores: tanto por Diego de Leyba a finales del siglo XVII, Juan de Castañeira en la misma época, Joseph Manuel Rodríguez en 1769, o por Mateo Ximénez, autor de un *Compendio della vita del beato Sebastiano d'Apparizio...* publicado tan pronto como fue obtenida la beatificación en 1789.⁴

Esta literatura, monótona y reiterativa, posee cuando menos el mérito de familiarizar al lector con la figura del beato. La larga vida de Aparicio —98 años— estuvo marcada por una ruptura tardía con el mundo, a raíz de una grave enfermedad: su ingreso a la orden de San Francisco, de la cual se convirtió en hermano lego, a la edad de 72. Tal renuncia al mundo, en el ocaso de la vida, no tenía en aquel entonces nada excepcional. Se conocen otros ejemplos similares. En este caso, sin embargo, la conversión de Aparicio no pare-

³ Ediciones descritas en José Toribio Medina, *La imprenta en México*, Amsterdam, N. Israël, 1965, v. 2, p. 9-10. Hemos consultado en los procedimientos impresos de la Congregación de Ritos, la traducción italiana de esta obra rarísima. Biblioteca Nacional de París (en adelante: BNP), *fondo romano*, signatura H 729.

⁴ Diego de Leyba, *Virtudes y milagros en vida y muerte del venerable padre fray Sebastián de Aparicio...*, Sevilla, Lucas Martín de Hermsilla, 1687; Juan de Castañeira, *Epílogo métrico de la vida y virtudes de el venerable fray Sebastián de Aparicio*, Puebla, D. Fernández de León, 1689; Joseph Manuel Rodríguez, *Vida prodigiosa del siervo de Dios, fray Sebastián de Aparicio*, México, F. Zúñiga y Ontiveros, 1769; Mateo Ximénez, *Compendio della vita del beato Sebastiano d'Apparizio...*, Roma, Stampa Salomoni, 1789. En total, se conocen unas diez hagiografías de Aparicio que datan de los siglos XVII y XVIII.

ce haber cambiado mucho su destino, tanto antes como después de 1574, su existencia llama la atención por su profunda trivialidad. La primera parte de su vida fue la de un miserable inmigrante español, que terminó gozando de cierto éxito social, al cabo de múltiples tribulaciones; posteriormente, habiendo ya vestido el hábito, permaneció siempre en los más bajos peldaños de la jerarquía de su orden. Sus correligionarios jamás le reconocieron valor particular alguno, peor aún, lo rechazaron debido a su incultura.

Aparicio era de origen gallego y para todos sus hagiógrafos habría nacido en Gudiña, en las tierras de don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, undécimo virrey de la Nueva España (1595-1603), a quien Torquemada, como buen político, dedicó su *Vida* de Aparicio. Era de muy humilde extracción. Sus padres, quienes dividían su tiempo entre las faenas agrícolas y —aunque el hecho es incierto— los acarreos, sólo le dieron una educación elemental y rústica, de tal modo que conservó toda su vida un acento gallego y una tosquedad que a menudo lo convertían en el hazmerreír de sus compañeros. Los primeros años de su existencia fueron a todas luces difíciles y la hagiografía disimula mal, bajo los signos de una supuesta predestinación, las tribulaciones de un joven aldeano sin fortuna y sin cultura. Después de los quince o veinte años debió recorrer mundo para ganarse la vida por cuenta propia. Con el paso del tiempo su biografía se fue enriqueciendo, aunque sin realmente transformarse.

Así, Leyba le presta en España cuatro empleos sucesivos. Primero habría encontrado colocación al servicio de una rica viuda de Salamanca, de quien habría administrado las propiedades y provisionado la casa. Posteriormente se habría marchado hacia Andalucía y formado parte de la servidumbre de una casa de Sanlúcar, antes de partir para Zafra, donde habría trabajado en casa de un primo del duque de Feria. Cada vez, habría huido de las tentaciones femeninas. Su cuarto empleo habría sido el más estable: de regreso a Sanlúcar se habría encargado del cultivo de un viñedo y, posteriormente, de una hacienda de labor, durante siete años, entre 1527 y 1533. Involucrado, muy a pesar suyo, en un atentado a las buenas costumbres que sólo lo concernía de manera indirecta, optó, como otros muchos en aquel entonces, por embarcarse hacia las Indias. En su afán por distinguir a Aparicio de las almas extraviadas por los espejismos del Perú, país del cual Pizarro acababa

apenas de iniciar la conquista, Leyba aventura una interpretación providencialista:

... y no es de admirar le traxesse este apetito de haveres temporales, que son polvo y nada, porque en la ocasion sirvieron de ançelo con que le conduxo el Señor a este reyno, donde tenía determinado comunicarle los preciosos tesoros de su gracia.⁵

Sus primeros pasos en la Nueva España no fueron particularmente brillantes. Intentó primero hacerse agricultor, en compañía de los colonos de la Puebla de los Ángeles, dedicándose sin éxito al cultivo del trigo y del maíz. Por sí misma, esta experiencia confirma una vez más su pobreza, puesto que la ciudad había sido fundada precisamente para arraigar a los vagabundos atraídos por inasequibles espejismos de fortuna.⁶ De ahí que, muy pronto, Aparicio se dedicara al acarreo de mercancías, al igual que otros numerosos poblanos, dado que la situación geográfica de la ciudad hacía de la misma una importante posta entre México y Veracruz.⁷ Su leyenda piadosa extrajo de este episodio los elementos que llegarían a ser los atributos distintivos del futuro beato: la rueda, la carreta y el buey dominado. En efecto, Aparicio es considerado como el iniciador del transporte con animales de tiro en la Nueva España, donde hasta entonces sólo circulaban los tamemes indígenas. Trabajó allí unos diez años (1533-1542), antes de abrir la carretera de Zacatecas a México, tan pronto como concluyó la guerra del Mixtón. En 1546 el descubrimiento de ricos filones de plata en la región confirió a este eje una importancia considerable. Aparicio acumuló entonces los fondos necesarios para la adquisición de una pequeña finca al oeste de la ciudad de México, en la jurisdicción de Tacuba, entre Tlalnepantla y Azcapotzalco, que cultivó durante unos veinte años, dedicándose por completo a hacer fructificar su propiedad, sin que nada anunciara en él la menor vocación de santidad. Muy por el contrario, aparece como un muy ruin feligrés. Torquemada

⁵ Leyba, *op. cit.*, 1a. parte, f. 8vº.

⁶ François Chevalier, "Signification sociale de la fondation de Puebla de los Ángeles", *Revista de historia de América*, junio de 1947, núm. 23, p. 105-130.

⁷ Los sondeos realizados en los archivos notariales de Puebla para mediados del siglo XVI, permiten tener una idea aproximada de la composición socioprofesional de la ciudad. Véase Peter Boyd-Bowman, "Negro slaves in early colonial Mexico", *The Americas*, Washington D.C., Academy of American Franciscan History, 1969, núm. XXVI-2, p. 134-136.

relata que el sacerdote franciscano a cargo de la parroquia de Tlalnepantla lo mandó encarcelar por desconocer sus oraciones. Aunque no pudo verificar tal afirmación, Leyba asumió no obstante la responsabilidad de la misma, puesto que al cabo de 26 años bajo el hábito franciscano aún no las sabía: “en su vida (nunca) las supo decir seguidas de rezo ... sino que siempre las rezó entreverándolas unas con otras o salteándolas...”⁸

Algunos rasgos de su carácter, muy en perjuicio suyo, se transparentan incluso entre las líneas de una hagiografía que renuncia a ocultarlos. Así, siendo campesino, Aparicio fue probablemente un hombre ávido de ganancias y avaro; como esposo, se mostró tiránico con sus mujeres. En Azcapotzalco se negó a aceptar en matrimonio a la hija de un hidalgo poco adinerado ya que las dotes sucesivamente propuestas (una hacienda de labor de 3 ó 4 000 pesos, y después una cantidad de 600 pesos en efectivo) le parecían insuficientes. Por lo demás, como buen trabajador que era, Aparicio experimentaba poca atracción por esta doncella criada en el ocio y los deleites de las recepciones.⁹ Algunos años más tarde tomó una primera esposa, que le aportó una dote de 2 000 pesos. Era joven, casi una niña, y Aparicio le enseñó la costura y la labor del gancho, negándose al mismo tiempo a acercarse a ella, punto, éste, que sus hagiógrafos subrayan con especial énfasis, viendo en ello un signo de virtud. Sin embargo, Aparicio buscaba la compañía de las mujeres y no despreciaba sus dotes. Habiendo enviudado, volvió inmediatamente a contraer nupcias, y —una vez más— con una doncella muy joven. Para su nueva esposa el asunto concluyó trágicamente. En efecto, como vejancón que era —y probablemente no tanto como celoso defensor de las virtudes cristianas—, Aparicio solía encerrar a sus esposas cuando tenía que ausentarse del domicilio conyugal. Un día, habiéndose trepado hasta la cumbre de un árbol del patio para mirar hacia el exterior, su segunda esposa descendió precipitadamente del mismo, debido al inopinado retorno de su marido, matándose en el acto.¹⁰

El episodio de la enfermedad que condujo a Aparicio a encontrar su camino de Damasco, tampoco está exento de ambigüedades.

⁸ Cita de Leyba, *op. cit.*, 1a. parte, f. 17vº, quien sigue a Torquemada.

⁹ *Ibid.*, f. 24vº.

¹⁰ *Ibid.*, f. 25rº-30vº.

Cabe reconocer que, en el mejor de los casos, su vocación religiosa surgió en medio de una encarnizada disputa entre los dominicos de Azcapotzalco y los franciscanos de Tlalnepantla, quienes codiciaban todos su fortuna, valuada entonces en unos 20 000 pesos, aproximadamente.¹¹ Un primer testamento en favor de los hermanos predicadores pronto fue anulado en beneficio de los hermanos menores, al haber logrado un religioso franciscano de Tlalnepantla convertirlo a la vida de pobreza. Aparicio empezó entonces a prestar sus servicios como donado en el convento de clarisas de la ciudad de México y, un año más tarde, inició su noviciado.

Sin embargo, Aparicio era decididamente un hombre excesivamente simple, que experimentaba las mayores dificultades para adquirir los rudimentos del saber indispensables para su oficio. Jamás pudo secundar acertadamente a los sacerdotes de su orden en el servicio de la misa. Ya como donado había desconcertado a las clarisas al levantarse durante un oficio cantado; parándose en medio del coro, había preguntado a la redonda lo que debía hacer. No se trataba simplemente de las dificultades propias de todo novicio, en efecto, según afirma Leyba, Aparicio jamás supo ayudar a la misa, ya que: “después de toda esta enseñanza cuando ayudaba a missa, respondía unas palabras en mal romance y otras en peor latín, olvidándosele por instantes así las respuestas como las ceremonias”.¹²

En tales condiciones, siguió siendo hermano lego hasta su muerte, viéndose encargado de las tareas subalternas. Durante un año, en el convento de Tecali, se hizo cocinero, portero y limosnero. Posteriormente fue destinado al convento de Puebla y, de 1577 hasta su muerte, recorrió los alrededores de la ciudad para recaudar las limosnas que necesitaba el convento, trayendo siempre consigo pesadas cargas de trigo, de maíz, de legumbres o de leña, a menos que condujera animales reacios que los impotentes ganaderos le cedían, a menudo sin lamentarlo en absoluto. Cada una de sus apariciones en la ciudad provocaba sonrisas entre los hermanos de su orden, quienes hacían mofa de su mala vestimenta, su descuido y su negligencia para con los preceptos de su orden o de la Iglesia. Así, escandalizó a los devotos al trabajar un jueves de Asunción, de lo cual se disculpó diciendo haber creído...¡que era domingo! El

¹¹ *Ibid.*, f. 34r^o-37v^o.

¹² *Ibid.*, f. 18r^o.

asunto provocó la ira de su superior, que sólo lo llamaba “Aparicio”, a raíz de lo cual fue llevado de vuelta al noviciado, donde el maestro de los novicios intentó de nueva cuenta, aunque siempre en vano, que aprendiera sus oraciones de memoria.

A pesar de todo, en el ocaso de su vida Aparicio gozaba de una considerable fama de santidad entre los laicos con quienes se había codeado. Con toda evidencia, en este fin del siglo XVI las más sólidas reputaciones de santidad no se debían a la devoción que inspiraban los santos, sino a algo totalmente distinto. El muy devoto Gregorio López, su contemporáneo, nunca conquistó a tan vasto público, aunque se asemejara infinitamente más que Aparicio al modelo de santidad ejemplar que tendía a promover la Iglesia de la Contrarreforma.

El santo para su público

Los testigos son poco locuaces acerca de los motivos que los condujeron a considerar a Aparicio como un santo. De hecho, su fama de santidad parece tener origen fundamentalmente en un rumor causado por el carácter marginal de Aparicio. Así lo señala María Salmerón, esposa de un comerciante establecido en la parroquia de San Roque de Puebla: “Se decía que el dicho padre Aparicio era un hombre de muy buena y exemplar vida y grande siervo y amigo de Dios nuestro Señor y así este testigo le tenía particular amor y devoción”.¹³

Los mecanismos del rumor son bien conocidos, y la historia de la fama de santidad de Aparicio los ilustra perfectamente. A partir del momento en que el viejo limosnero de San Francisco goza de tal reputación, todos los que sufren, en un momento u otro, se ven tentados a poner a prueba su intercesión. Cada vez que uno de ellos obtiene la liberación, se acrecienta el renombre de Aparicio, y cada nuevo milagro reduce un poco más el campo de los incrédulos.¹⁴ La única interrogante concierne al origen del rumor. Unos raros testigos arrojan sobre el mismo una pálida luz, aunque casi siempre en términos tan generales como ambiguos. La santidad de Aparicio ge-

¹³ Archivo Segreto Vaticano (en adelante: ASV), *Riti* 1771, f. 12vº.

¹⁴ En efecto, provocar el milagro mediante la manipulación de la reliquia es una operación arriesgada, que puede convertir al operador en el hazmerreir de sus allegados. *Ibid.*, f. 164rº-165rº.

neralmente les era revelada por su actitud, su trato, su conversación, a lo cual se agregaba la evidencia de una sinceridad a toda prueba.¹⁵ Algunos otros fueron más sensibles a la austeridad de la vida que llevaba, siempre en los caminos sin importar el tiempo que hiciera, durmiendo bajo su carreta, comiendo poco.¹⁶ ¿Era ésta la vida de un hombre simple y poco comunicativo, o la de un católico que llevaba la práctica de las virtudes cristianas hasta el heroísmo?

En un primer acercamiento, parece tentadora la explicación que propone Jean-Michel Sallmann para la santidad napolitana.¹⁷ Más aún que los santos italianos, Aparicio se presenta ante todo como un personaje no conformista, extravagante y, por ello mismo, extraordinario, que no tarda en verse considerado como el receptáculo, el vector o el mediador de una fuerza sobrenatural.¹⁸ A este respecto existe un testimonio capital, el de Juan Moreno, un carretero poblano que se codeó con Aparicio durante más de veinte años. Este hombre afirma haber tenido la revelación de la santidad de Aparicio el día en que lo vio uncir a un buey particularmente difícil de manipular. La carreta de Aparicio acababa de inmovilizarse, atascada en medio de un vado; ya fuera por gastarle una broma o por intentar una maniobra desesperada, el testigo le prestó el animal reacio; no sólo logró Aparicio conducirlo, sino consiguió que sacara la carreta del mal paso. Por haber sabido medir su “gran virtud”, el testigo “le tuvo dende adelante en estimación de sancto”.¹⁹ No menos reveladora es la opinión de un mestizo llamado Bartolomé Sánchez, y que vuelve a aparecer en algunas otras declaraciones, tales como las de Isabel Salmerón, de Puebla, o de Isabel García, de Tecamachalco. Para todos estos testigos, este hombre, que apacigua los animales, calma los sufrimientos y ayuda a veces a los menesterosos, distrayendo para su beneficio parte de las limosnas recaudadas para los religiosos, no es solamente un santo; es también un benefactor.²⁰

¹⁵ Testimonio de María de Carranza, *ibid.*, f. 20v°. En ocasiones, y para todo aquel que no lo conoció directamente, es el milagro mismo el que demuestra su santidad.

¹⁶ Véanse, por ejemplo, los testimonios de Bartolomé Sánchez, *ibid.*, f. 51v°-52r°.

¹⁷ Sin definir necesariamente la santidad como una forma de chamanismo. Véase Jean-Michel Sallmann, *Naples et ses saints à l'âge baroque (1540-1750)*, Paris, PUF, Ethnologies, 1994, p. 235.

¹⁸ *Ibid.*, p. 250.

¹⁹ ASV, *Riti* 1771, f. 55v°-56v°.

²⁰ *Ibid.*, f. 51v°-52v°, f° 55r°-v° y 225r°.

Esto significa que el santo no es aquí el parangón de las virtudes cristianas que las autoridades eclesiásticas desearían ver. Conforme a una creencia general profundamente arraigada en toda la cristiandad, de ambos lados del Atlántico, el santo es una potencia que lo mismo puede resultar malévolas como benévola, y con la cual es eventualmente posible celebrar un contrato, intercambiando socorro sobrenatural por publicación del milagro.²¹ En dado caso, bastan algunas señales someras para suscitar la adhesión a la fama de santidad. Juan de Galarza, un sastre de Puebla que sólo conoce a Aparicio de vista, se une a la muchedumbre de sus admiradores, convencido por “la forma de su traxe y aspecto de su persona como de su gran fama”.²² Así, la tardía reputación de santidad de Aparicio quizá pueda haberse debido en parte a la robustez de un anciano excepcional, que continuó llevando a cabo, hasta el final, una labor particularmente ruda, mientras que su simplicidad y su carácter negligente, aparentemente a prueba del tiempo, terminaban por hacer de él un personaje simpático. Andrés Martín, un labrador ya entrado en años que vivía en los alrededores de Huejotzingo, explica así que la dureza de la vida llevada por Aparicio y sus continuos ejercicios de devoción, “les causaba grande admiración en este testimonio y en los que lo bían por ser un hombre tan viejo el dicho padre Aparicio”.²³

Finalmente, la popularidad de Aparicio pudo verse favorecida por la familiaridad del personaje y de su público. En este fin del siglo XVI, Aparicio era, de alguna manera, una memoria viva: la de los orígenes de Puebla y de la colonización de sus alrededores. Para toda la gente humilde de la ciudad, para todos los pequeños terratenientes, que conformaban el grueso de su público y cuyos testimonios se acumulan a lo largo de las páginas de las actas de las encuestas ordenadas por la Iglesia, Aparicio era probablemente el último sobreviviente de una época heroica, aquella que habían vivido sus padres o, con mayor frecuencia, sus abuelos, si no es que sus bisabuelos. Sus funciones de limosnero, que lo llevaban a recorrer todos los caminos de los alrededores de la ciudad y a entrar a las casas para pedir limosna, terminaban convirtiéndolo en un personaje familiar, en contacto directo con la sociedad.

²¹ *Ibid.*, f. 180r^o-181v^o.

²² *Ibid.*, f. 92v^o.

²³ *Ibid.*, f. 167v^o-179r^o.

Pero, lo mismo que en Italia, sin prestarles mucha atención, los testigos rara vez son totalmente indiferentes a las virtudes cristianas que creen poder descubrir en Sebastián de Aparicio, y muy pocos son los que declaran sin evocar algunos rasgos de un carácter poco común, que nos remite infaliblemente a una adhesión extrema al ideal cristiano. Porque si bien el santo es ante todo un personaje excéntrico, algo misterioso, su diferencia se expresa casi siempre en términos de una práctica particularmente rigurosa de las virtudes cristianas, y buen número de testigos no dudan en mencionar expresamente sus penitencias, su humildad, e incluso —aunque con menor frecuencia— su templanza o su carácter caritativo. Muchos advierten en Aparicio a un penitente que ejerce la humildad en su máxima expresión; otros se extasian ante el desprecio que manifiesta por los bienes terrenales. Algunos, como Miguel Arias, lo describen como un devoto siempre en oración, mientras que el indio Gabriel de Santiago, quien trabajó a su servicio, se muestra sensible, ante todo, a lo exclusivo de su interés por los fines espirituales.²⁴ En cuanto a María del Oro, advierte en él, sin titubeo alguno, la imagen de “un ángel” bajado a tierra.²⁵

Así, el carácter sobrenatural del santo se traduce casi inmediatamente en términos de perfección cristiana. En vida del santo, su público al parecer se dividía entre dos actitudes bastante distintas. Una consistía en hallar en él el ideal de una perfección cristiana que, en este caso, no tenía nada inasequible: muy regularmente el santo es descrito como ejemplar y los testigos se hallan edificados por haberse codeado con él. Otra actitud expresaba cierta indiferencia ante toda especulación intelectual o espiritual, y traducía básicamente la preocupación por apoderarse del poder sobrenatural del santo. Pero resulta que ambas actitudes suelen estar presentes en las mismas personas. Incluso Juan Moreno, que se encuentra entre los más sensibles al lado prodigioso de Aparicio, no deja de mencionar en su declaración sus penitencias y su abstinencia.

Por lo demás, los testigos no ignoran la interpretación devota de los prodigios. Lo mismo que los santos napolitanos, Aparicio gobierna la naturaleza: sus bueyes le obedecen, como si fueran seres racionales, el santo aleja la tormenta o, al contrario, trae la llu-

²⁴ *Ibid.*, f. 60r^o-61v^o y 62v^o-63v^o y 70 r^o-v^o.

²⁵ *Ibid.*, f. 67v^o-69r^o.

via salvadora y, por supuesto, puede atravesar un río caminando y andar bajo la lluvia sin mojarse.²⁶ Francisco Yánez, un labrador intrigado por la extraña conducta de Aparicio que se arroja a los surcos inundados de sus milpas durante los aguaceros, lo interroga acerca de esta práctica; a lo cual Aparicio le contesta que actúa de esta manera con el objeto de enfriarse, pues es devorado por un fuego interior. El testigo observa que, efectivamente, el cuerpo de Aparicio está ardiente y comprende entonces que el santo se mortifica para vencer este fuego sobrenatural.²⁷ Como se sabe, Satanás libra sus más crueles combates contra los santos a los que somete al fuego de la tentación. Del mismo modo, la creencia en el poder del santo, por más indefinido que éste sea, casi siempre va acompañada por una explicación perfectamente ortodoxa: la certidumbre de su íntima familiaridad con Dios y su elección en el cielo después de la muerte, son los únicos orígenes que razonablemente pueden atribuirse a sus facultades sobrenaturales.

Cierto es que no puede descartarse alguna equivocación, ya que los testigos pueden, eventualmente, adaptar su discurso a las expectativas de los encuestadores con el fin de conferir a su testimonio un suplemento de credibilidad. Sin embargo, sería arbitrario considerar que el esfuerzo pedagógico de la Iglesia sólo surte efecto en estos momentos y que nunca pudo hacer mella en los fieles anteriormente. Como lo hemos visto, tenemos en ciertos casos la indicación de lo contrario; en otras ocasiones, es la conducta de los beneficiarios del milagro la que prueba su adhesión a la interpretación teológica de la santidad, puesto que algunos de ellos suscitan el milagro a través de una novena o mandan decir misas de acción de gracias en honor del santo, una vez cumplido el milagro.²⁸

Es verdad que pocos testigos explicitan tales prácticas. En la inmensa mayoría de los casos, el santo es percibido, efectivamente, como el que posee un poder mal definido, que sólo importa captar para beneficio propio. En efecto, tanto en la Nueva España como en Europa, para la gran masa de los fieles el santo sirve ante todo

²⁶ Acerca del santo que no se moja, véase, por ejemplo, el hermoso testimonio de Stefania de Xeres, quien después del aguacero descubrió un vasto círculo seco dibujado en el suelo, en el sitio preciso que había ocupado Aparicio, insensible a las intemperies, *ibid.*, f. 103v^o-104r^o.

²⁷ *Ibid.*, f. 206v^o.

²⁸ Véanse, por ejemplo, los testimonios de Juana Durán y de María de Figueroa. *Ibid.*, f. 5r^o-6r^o y 32r^o-34v^o.

para hacer milagros.²⁹ A despecho de los cuestionarios supuestamente destinados a orientar sus respuestas, los testigos prácticamente nunca evocan la vida de Aparicio, que conocen mal y que no les interesa. Para ellos, su santidad radica ante todo en su poder milagroso y los dos procesos, la encuesta ordinaria de 1608 y el proceso apostólico (1628-1630), se resumen con dos larguísimos catálogos de milagros, maravillas y prodigios: 590 para el primero, y más de 1 200 para el segundo. Ningún otro santo novohispano puede prevalecerse de tal actividad.

Tanto en vida suya, como después de su fallecimiento, se espera de Aparicio que remedie toda la miseria del mundo, y Aparicio se presta de buena gana a este juego, distribuyendo él mismo sus propias reliquias, antes de que su cuerpo se convierta en un casi inagotable proveedor de las mismas. Sin dejar de exhibir el indispensable escepticismo que corresponde al santo, obligado a ser modesto, Aparicio no duda en ofrecer el cordón que ciñe su hábito, su propio rosario o alguna vieja prenda a todo aquel que se lo solicita; los menos atrevidos se conforman con conservar devotamente la silla donde se sentó, las tablas sobre las cuales se acostó, el cubilete en el que bebió. Como siempre en la vida de los santos, el momento de su fallecimiento fue un momento crucial: las cualidades maravillosas de su cuerpo —que conserva su flexibilidad, su color, se vuelve odorífero— proclaman su santidad; el cadáver se convierte en fuente de una cantidad aparentemente considerable de reliquias (pedazos arrancados de su hábito y de su carne, tela empapada en su sudor perfumado, rosarios que tocaron su cuerpo maravilloso, tierra de su tumba, etcétera)

Todas estas reliquias se convierten posteriormente en los instrumentos esenciales que desencadenan la compleja alquimia de los milagros. Hombre o mujer, regidor o simple artesano, hacendado o humilde labrador, todos las conservan en casa, se las prestan entre parientes y amigos, las pasan a la servidumbre; las reliquias se aplican sobre los cuerpos dolientes, o se disuelven sus cenizas en agua, que se da a beber a los enfermos; en casi cuatro casos de cinco, Aparicio es taumaturgo. Las reliquias y, junto con ellas, los milagros, parecen estar por doquier y constituyen con frecuencia el primero o el único recurso frente a la enfermedad, particularmen-

²⁹ Sallmann, *op. cit.*, p. 331.

te en el campo donde los médicos suelen brillar por su ausencia. Su poder parece no tener límites. Cualquier reliquia parece adecuada para curar cualquier dolencia. Apenas se distinguen algunas asociaciones privilegiadas: por ejemplo, entre el cordón (o el trozo de hábito que se enrolla) y los dolores abdominales o los partos difíciles; entre el dedo de Aparicio y el oído doliente en el que es introducido; entre el envenenamiento y la tierra de su tumba que se traga; entre el dolor de cabeza y el sombrero que la cubre, etcétera.

La larga lista de las indicaciones terapéuticas válidas para las reliquias de Aparicio, no deja de recordar aquella que ya se conoce para los santos napolitanos (véase cuadro 1).³⁰ Resaltan, no obstante, dos diferencias notables: Aparicio tiene particular interés por las mujeres que sufren partos difíciles y por los niños cuyos días corren peligro. Estas diferencias parecen fáciles de explicar. En efecto, el cordón de San Francisco solía considerarse como susceptible de facilitar los partos.³¹ Por otro lado, Aparicio era considerado como un hombre sencillo y se le atribuía la inocencia que suele caracterizar a los niños; como detalle significativo, durante la exposición de su cadáver numerosos testigos oculares observaron que su cutis había recobrado la suavidad y el color de un bebé.³² En suma, si bien el público se interesa poco por la vida de Aparicio, los dos hechos más conocidos, su pertenencia a la orden franciscana y su simplicidad, no dejan de orientar el uso que se hace de su intercesión. La eficacia del santo, lo mismo que la de sus reliquias, resulta de una tensión extrema: el santo debe estar cerca de su público, asemejarse a él, y su reliquia debe adherirse e incluso fundirse con el cuerpo doliente. Inversamente, se atribuye al santo, lo mismo que a sus reliquias, una esencia sobrenatural, capaz de burlar las leyes de la naturaleza.

Tal es probablemente el motivo por el cual los declarantes conceden tanta importancia a los prodigios del santo. El proceso informativo reúne 126 prodigios, sin contar los testimonios acerca de las cualidades maravillosas de su cadáver y de sus reliquias. Este conjunto constituye un corpus relativamente variado, que conviene examinar cuidadosamente.

³⁰ Las curaciones mexicanas también son equiparables con las que describe Jean-Michel Sallmann. Para todo esto, consúltese su texto. *Ibid.*, p. 339-367.

³¹ Toribio de Motolinía, *Memoriales e historia de los indios de la Nueva España*, Madrid, Atlas, 1970, p. 276.

³² ASV, *Riti* 1771, f° 86v°-87r°.

Cuadro 1. TIPOLOGÍA DE LOS MILAGROS TERAPÉUTICOS

<i>Tipo de trastorno</i>	<i>Número de milagros</i>
Fiebres	53
Infecciones, heridas, accidentes	33
Partos, esterilidad	79
Miembros (dolores, parálisis)	15
Jaqueca, malestares	18
Enfermedades (sin precisar)	13
Abdomen (diarreas, hemorragias)	33
Abscesos, eczema, tumores	16
Aparato urinario (uremia, cálculos)	7
Ojos	15
Enfermedades respiratorias	17
Locura, obsesión	3
Hernias inguinales	7
Enfermedades infantiles	21
Trastornos auditivos	8
Gota, reumatismos	6
Dolor de muelas	4
Corazón	2
Otras enfermedades	10
Resurrecciones	4
Total de los milagros terapéuticos	364

Fuente: ASV, *Riti* 1771.

La nomenclatura y la clasificación de las patologías se retomaron de Jean-Michel Sallmann, con el fin de facilitar las comparaciones. La clasificación de este autor corresponde al orden decreciente de las frecuencias en el reino de Nápoles.

Mención aparte merecen los milagros que manifiestan la naturaleza sobrenatural de los despojos de Aparicio. De lo que se trata, en todos los casos, es de mostrar que su carne no es mortal. Para ello, el santo debe plegarse a exigencias hagiográficas muy conocidas cuyos signos obligados son la fragancia del cadáver, así como la conservación de su flexibilidad y el color sonrosado de sus carnes. Aparicio, como lo atestiguan decenas de testigos, salva perfectamente el obstáculo. Mejor aún, abre un párpado o alza un brazo hacia algunos raros testigos privilegiados.³³ En efecto, si Aparicio es santo, ¿no fue eximido por Dios de la larga espera que separa al resto

³³ *Ibid.*, testimonios de Francisco Yáñez y de Catalina de Aguilar, quien refiere un relato de Juan Martín, f. 206v^o-207r^o y 213v^o-214r^o.

de los mortales del final de los tiempos? Por consiguiente, el cuerpo de Aparicio sigue siendo un cuerpo vivo, incorrupto, y su estado prefigura hoy lo que serán los cuerpos de los elegidos en la Jerusalén celestial. El ejemplo del brazo levantado en dirección a Juan Martín es particularmente revelador, puesto que Aparicio le habría dirigido esta pequeña señal del mismo modo que un viajero saluda a los suyos en el momento en que se sueltan las amarras de un navío. En efecto, en vida suya Aparicio había prometido a Juan Martín defender su causa ante el Señor, y el amigo inquieto venía a buscar cerca de la sepultura una confirmación del compromiso asumido. Habitualmente, cuando fallece un santo suelen tomarse del mismo innumerables reliquias, fragmentos de ropa, uñas, cabello, e incluso trozos de su carne, y se ponen en contacto con su cuerpo toda clase de objetos que se cargan de su poder milagroso, en particular telas empapadas en su sangre o su sudor, así como rosarios.

Una vez enterrado el cadáver, las reliquias corporales de Aparicio prolongan el mensaje que transmite en el momento de su sepultura, pues manifiestan su accesoión inmediata a la eternidad al atestiguar que su cuerpo permanece vivo.³⁴ Así, los fragmentos de carne tomados del cadáver sangran cuando sus afortunados poseedores los comparten con otros, y sus cabellos, aunque estén separados del cuerpo, continúan creciendo.³⁵

Al lado de este primer grupo de milagros aparecen varias series de prodigios, verdaderas acciones sobrenaturales del santo y ya no simples manifestaciones admirables de sus cualidades. Así, Aparicio ejerce un poder sobrenatural sobre los animales, en particular sobre sus bueyes, que le obedecen como si fueran seres racionales; el santo unce sin dificultad a los más reacios; le basta pedirles que respeten los sembrados de sus huéspedes para que sus animales sueltos se mantengan alejados de los mismos; con una sola palabra hace regresar a los bueyes que han escapado y detiene a los caballos desbocados. Hasta las hormigas respetan los granos que recoge para su orden, absteniéndose de subirse a las carretas paradas cerca de los hormigueros. En total, los testigos interrogados en ocasión de la encuesta ordinaria de 1608, le atribuyen más de 40 milagros de este tipo, los cuales son frecuentes entre los santos de tradición fran-

³⁴ Un testigo precisa: "Sudaba como si fuera cuerpo vivo". *Ibid.*, f. 109v^o-110v^o.

³⁵ *Ibid.*, f. 7r^o-v^o, 1017r^o-v^o 138v^o-139v^o.

ciscana, puesto que se hacen eco de la gesta primitiva del santo de Asís que conversaba con los pájaros.³⁶

El segundo grupo de prodigios, por orden de importancia numérica, está constituido por los milagros ligados al agua, que en total representan más de 20 casos. En vida suya, el santo escapa al agua de los torrentes o de los ríos que amenazan al viajero sorprendido en medio de un vado particularmente peligroso, pero, sobre todo, escapa al aguacero y a la tormenta, como si un misterioso campo magnético lo protegiera de las trombas de agua. Después de su muerte protege del granizo o de la lluvia torrencial las milpas de quienes blanden su sombrero hacia el cielo o, simplemente, lo invocan con fervor. Inversamente, puede provocar la indispensable lluvia o hacer que vuelva a brotar el manantial agotado. Otros han subrayado cómo tales acciones sobrenaturales podrían relacionarse con las funciones sociales del santo: el santo manda a los animales, por lo que la simple invocación de su nombre permite dominar al toro furioso o encontrar el animal extraviado; no teme al agua, por lo que sus reliquias permiten manipular las condiciones atmosféricas.³⁷

Sin embargo, esta explicación nos parece incompleta. Si bien no es despreciable el número de milagros *post mortem* de Aparicio, donde el uso de sus reliquias permite restablecer una situación meteorológica favorable, los casos en los que el control del animal es posibilitado por medio de su invocación son, en cambio, muy poco numerosos. En comparación con ello, la importancia de la leyenda piadosa del primer carretero del Nuevo Mundo parece desproporcionada. En tales condiciones, resulta legítimo preguntarse si este tipo de prodigio no cumpliría ante todo la función de confirmar lo acertado de la visión cristiana del mundo: debido a que escapa a la condición de los hombres comunes y corrientes, el santo ejerce sobre la naturaleza el poder que Dios había conferido al hombre en el paraíso terrenal. De esta manera, el santo dominaría los dos extremos de la historia humana: no sólo su fin, sino también su comienzo, y proclamaría no solamente la actualidad del misterio de la resurrección, sino la totalidad de la historia de la salvación.

³⁶ Acerca de este tipo de milagros entre los santos franciscanos, véase Sallmann, *op. cit.*, p. 280.

³⁷ *Ibid.*, p. 277. Sobre este último punto, véase el hermoso testimonio de Isabel García, para quien la eficacia del santo en la prevención de las tormentas se deriva de su aptitud para permanecer seco bajo el aguacero. ASV, *Riti* 1771, f° 261v°.

La imagen de una humanidad reconciliada con Dios vuelve a aparecer en la última serie de los prodigios de Aparicio, la cual no constituiría una ruptura con los dos grupos anteriores. A través de toda una serie de acciones sobrenaturales, Aparicio muestra a sus semejantes que ya participa del mundo celestial, aunque sea un ser terrenal. Así, Aparicio realiza un reducido número de prodigios bíblicos: transforma el pan duro en pan fresco, saca de su manga un pan caliente, e incluso toda una comida cuando hay amenaza de hambre y, en tres ocasiones, hace que se llene milagrosamente de vino el odre vacío.³⁸ Por supuesto, el santo franciscano es vidente omnisciente y profeta, como si dominara el tiempo. Finalmente, parece vivir en intimidad con algunos de los miembros de la corte celestial. En varias ocasiones, Santiago, san Antonio o san Francisco traen al anciano su abrigo olvidado. Aparicio ve pasar las almas de los difuntos y conversa con los ángeles. En una ocasión, por lo menos, éstos lo ayudan a volver a colocar el eje desencajado de su carreta; en otra, la llevan en los aires cuando se encontraba atascada en la orilla de una barranca.

El camino a la beatificación

Las actas del proceso informativo bosquejaron del santo un cuadro muy distinto de lo que esperaba la Iglesia de la Contrarreforma, la cual confirió a la Santa Sede, entre 1624 y 1635, el control absoluto sobre los procedimientos de beatificación y canonización.³⁹ No obstante, el procedimiento iniciado con vistas a obtener el reconocimiento de los méritos de Aparicio condujo a su beatificación, en 1789, al cabo de 181 años de trámites, lo cual, después de todo, no constituía un plazo demasiado largo.

³⁸ *Ibid.*, f. 131r^o-132r^o. En un caso, se trata de una taza de China, *ibid.*, f. 144v^o-146v^o.

³⁹ En Nueva España, lo mismo que en Europa, el santo es canonizado por sus milagros. En el presente caso, este rasgo llama particularmente la atención, en la medida en que las cartas remisoriales que posibilitaron la apertura del proceso apostólico fueron expedidas por Urbano VIII, el papa que estableció el marco jurídico de la canonización moderna, y que 46 de las 208 preguntas del procedimiento de encuesta dictado por Roma, se referían a la vida y las virtudes de Aparicio. ASV, *Riti* 1775, f. 13-66. Para una clara descripción del procedimiento de beatificación y canonización en la época moderna, consúltese Christian Renoux, "Une source de l'histoire de la mystique moderne revisitée: les procès de canonisation", *Mélanges de l'École Française de Rome (MEFRIM)*, v. 105, 1993-1, p. 177-217.

Como lo hemos visto, Aparicio contaba con una importante desventaja: nada en su vida mostraba que hubiese realmente llevado hasta la excelencia la práctica de las virtudes cristianas y, muy por el contrario, hasta en la hagiografía de Leyba se vislumbraban ciertas señales de debilidad moral. En cambio, contaba con una ventaja que, en la Nueva España, ningún otro pretendiente a la santidad tenía en mayor grado que él: una inmediata y excepcional popularidad. Es verdad que ésta implicaba principalmente a los laicos, lo cual amenazaba con privar a Aparicio de la indispensable garantía de los eclesiásticos (véase cuadro 2). Sin embargo, su éxito popular fue tal, que durante su fallecimiento sus correligionarios cedieron

Cuadro 2. EL ORIGEN SOCIAL DE LOS TESTIGOS

GRUPOS	<i>Proceso informativo</i> (1608)		<i>Proceso apostólico</i> (1628-1632)	
	<i>Número de personas</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número de personas</i>	<i>Porcentaje</i>
<i>Elite laica</i>	63	22.9	63	20.7
Hombres	20		19	
Mujeres	43		44	
<i>Otros laicos</i>	182	66.2	189	62.2
Hombres	98		82	
Mujeres	84		107	
<i>Religiosos</i>	17	6.2	19	6.2
Franciscanos		16		
Alcantarinos		2		
Dominicos		1		
<i>Religiosas</i>	4	1.4	9	3.0
<i>Clérigos seculares</i>	5	1.8	17	5.6
Prelados	4			
Sacerdotes	13			
Médicos	4	1.5	6	2.0
Otros			1	0.4
TOTAL	275	100	304	100

Fuente: BNP, *fondo romano*, H 729.

a la presión y se adhirieron al fervor general, dejando a un lado los escrúpulos, e incluso la actitud de menosprecio que hasta entonces habían manifestado hacia él.

Los acontecimientos que marcaron su muerte traducen el extraordinario fervor que suscitaba en aquel entonces. Tan pronto como se dio a conocer la noticia, la iglesia del convento de San Francisco se llenó de gente. Tal fue la afluencia, que muchos no pudieron acercarse al féretro y sólo les fue perceptible la fragancia del santo cuerpo. Otros, más adentro de la iglesia, aunque demasiado lejos del cadáver, hicieron pasar telas y rosarios para que los más cercanos los pusieran en contacto con el cuerpo.⁴⁰ El proceso apostólico permite reunir un gran número de testimonios acerca de todos estos hechos: 96 personas percibieron la fragancia del cadáver, 90 pudieron comprobar su flexibilidad o su color sonrosado, 45 atestiguan su sudación milagrosa, 16 lo vieron sangrar y 21 testigos presenciaron distintas curaciones.

Esta adhesión popular provocó la de los religiosos. Lejos de conformarse con acceder a los deseos de la muchedumbre, exponiendo el cadáver al pie del altar mayor, renovando en cuatro o cinco ocasiones su hábito despedazado, terminaron contagiándose de su entusiasmo.⁴¹ Pedro de Castañeda, guardián del convento, mandó entonces cortar la uña de un dedo del pie que deseaba conservar como reliquia. Un dominico, por su parte, se apoderó de dos dedos del pie. El alcalde ordinario, convocado para levantar un acta, se vio imposibilitado para hacerlo debido al tumulto, pero no se alejó sin llevarse otro trozo del cuerpo, que le fue donado por un franciscano.⁴² De hecho, parece ser que desde ese momento los frailes menores organizaron la distribución de las reliquias, algunas de las cuales permanecerían en el convento, a disposición de sus enfermeros.⁴³ Posteriormente, entre los proveedores de reliquias aparecieron eclesiásticos, aunque en reducido número, mientras que la

⁴⁰ ASV, *Riti* 1771, f^o 236v^o-237r^o.

⁴¹ La primera persona que proclamó el carácter maravilloso del santo cuerpo, fue un carretero que entró a la sacristía donde se encontraban los despojos. El guardián trató primero de expulsarlo, antes de acceder a los deseos de la muchedumbre conmovida. *Ibid.*, f. 55v^o-56v^o.

⁴² *Ibid.*, f. 97v^o.

⁴³ *Ibid.*, f. 109v^o-110v^o y Torquemada, *op. cit.*, cap. 27, punto 199, en BNP, *fondo romano*, H 729.

demanda seguía siendo importante. Incluso, parece ser que en los años subsiguientes se continuaron encontrando reliquias en el convento de San Francisco. Es verdad que las frecuentes reaperturas de la sepultura posibilitaban la reposición de las existencias.⁴⁴

De hecho, son numerosas las señales del vigor del culto en el siglo XVII, formándose una leyenda piadosa en torno a algunas referencias populares. Al parecer, fue en el “rancho de Aparicio” donde el culto se desarrolló con mayor libertad, lejos del convento de San Francisco donde las directivas romanas hallaban quizá mayor eco, debido a la presencia de los religiosos. Este lugar, situado al norte de Puebla, al pie del Cerro de la Malinche, era —según la leyenda— una de las etapas favoritas de Aparicio. Allí se habría resguardado con frecuencia en el tronco hueco de un encino. Después de su muerte, el sitio adquirió importancia para sus fieles, quienes usaron las hojas, las bellotas y la resina del árbol como otras tantas reliquias del santo. A la ya muy larga lista de los milagros registrados por los procesos oficiales, Leyba agrega dos curaciones milagrosas realizadas gracias a la savia de este árbol en la segunda mitad del siglo XVII, y menciona también las virtudes del aceite de la lámpara que arde en la capilla allí edificada.⁴⁵

Joseph Manuel Rodríguez precisa sus indicaciones terapéuticas: los bellotas y las hojas curan, en el hombre, las hernias, las fiebres, y son indicadas para las parturientas, precisiones, éstas, que confirman las virtudes tradicionales atribuidas a las reliquias de Aparicio; asimismo, las hojas machacadas en agua pueden darse a beber a los animales enfermos. Poco a poco fue surgiendo un verdadero santuario en este sitio, gracias al celo de los limosneros que sucedieron a Aparicio en sus funciones. Desde 1639, el virrey, marqués de Cadereyta, había ordenado que se cediera el terreno a los franciscanos para que éstos pudieran disponer libremente del mismo, y una construcción con materiales duraderos había sido levantada allí. En 1732 los franciscanos de Propaganda Fide obtuvieron la autorización para convertirla en hospicio.⁴⁶

⁴⁴ Aparicio falleció el 25 de febrero de 1600. Su tumba fue reabierta desde el mes de julio del mismo año, y resultó que el santo ya no tenía ningún dedo. Una nueva apertura tuvo lugar en 1602. Para aquel entonces fue hurtada la cabeza, así como otros numerosos fragmentos del cuerpo.

⁴⁵ Leyba, *op. cit.*, 2a. parte, f. 161^o-v^o.

⁴⁶ Rodríguez, *op. cit.*, p. 229-232.

Paralelamente, la vida de Aparicio suscitó una abundante iconografía que pudo desarrollarse libremente, debido a que en la Nueva España sólo fue publicado en 1664 el “*breve*” de Urbano VIII que prohibía las representaciones de santos no canonizados por la Santa Sede (1625). Mientras tanto, las imágenes de Aparicio habían florecido. Así, poco tiempo después de su muerte, un labrador de Santa Ana, cerca de Huejotzingo, hizo depositar en la iglesia de su pueblo un cuadro de Aparicio representado con su carreta.⁴⁷ En 1602, tras la inspección del cadáver, la tumba de Aparicio había sido trasladada a un sitio de honor, en la capilla mayor, del lado de la epístola, donde se había colocado una estatua que lo representaba arrodillado ante San Francisco, “la dicha imagen sin laureola ni resplandor ni otra divisa de santidad, sino como se suele poner a los pies de un santo la estatua, rostro o efigie del donador”.⁴⁸ Asimismo, la enfermería del convento albergaba un cuadro que representaba uno de los milagros de Aparicio, y tampoco había experimentado mayores escrúpulos el pintor de la imagen colocada en la capilla del “rancho de Aparicio”. Allí, Aparicio se encontraba representado de rodillas, en oración al pie de una Virgen, con dos de sus signos distintivos: la agujada de boyero y la carreta. Ciertamente es que después de 1664 sus dos atributos fueron borrados y su retrato fue disfrazado... ¡de San Diego!⁴⁹

Agustín de Vetancurt proporciona un indicio aún más sorprendente, aunque un tanto inquietante, de la popularidad conservada por el santo. En su menologio franciscano, con fecha del 25 de febrero, día del fallecimiento de Aparicio, afirma que la ciudad de Puebla lo había adoptado como patrono. En realidad, la ciudad difícilmente podía haber jurado por patrono a un venerable que aún estaba en espera de ser beatificado. Esta aproximación atestigua el entusiasmo del cronista cuya obra fue publicada en 1698, en un momento en que la causa de Aparicio parecía estar a punto de llegar a feliz término.

Este resultado pudo lograrse gracias a la intensa movilización de sus correligionarios. Si bien abrazaron tardíamente la causa del santo, los franciscanos le brindaron posteriormente un apoyo decisivo; en efecto, les incumbió demostrar el valor cristiano de la vida

⁴⁷ ASV, *Riti* 1771, f. 146vº-149vº.

⁴⁸ Leyba, *op. cit.*, 2a. parte, f. 54vº. Dicha estatua fue retirada en 1664.

⁴⁹ *Ibid.*, f. 160rº-vº.

de Aparicio, así como la excelencia de sus virtudes, con el fin de seducir a la Congregación de Ritos, única autoridad susceptible de posibilitar una beatificación oficial. Juan de Torquemada, el cronista de la provincia del Santo Evangelio, bosquejó muy pronto el boceto necesario. No se sabe cómo, mas estableció la biografía de Aparicio, mientras que los testigos interrogados durante los dos procesos, casi no dicen nada al respecto. Ciertamente es debido a la avanzada edad del santo, ya no se encontraba nadie que lo hubiera conocido antes de su ingreso a las órdenes, a los 72 años.

El relato de Torquemada revistió inmediatamente una importancia tal, que en 1604, como respuesta a una solicitud de Felipe III que deseaba recibir información acerca del caso, el obispo Diego Romano anexó el pequeño libro del cronista franciscano al acta levantada durante el entierro, afirmando que el documento jurídico valía por los milagros y la hagiografía por la vida.⁵⁰ Torquemada establece una primera lista de las virtudes de Aparicio, sin apartarse aún demasiado de los hechos proporcionados por su biografía. A través de la tosquedad y la ingenuidad del personaje, logra sin dificultad encontrar algunas sólidas virtudes cristianas; evoca sucesivamente su simplicidad, su carácter caritativo, lo presenta como un amigo de Dios, subraya la pureza de su conciencia, su pobreza, sus penitencias, su humildad, su carácter obediente, paciente y tolerante.⁵¹ No obstante, tal cuadro distaba mucho de ser suficiente, ya que la Iglesia de la Contrarreforma tendía a imponer un modelo ambicioso, donde el candidato a la santidad debía dar muestras de una absoluta excelencia moral. La totalidad de su vida debía pasar por el tamiz de las virtudes que ilustraban los votos monásticos (pobreza, obediencia, castidad), la obediencia a los preceptos de la Iglesia (adhesión a cierto número de devociones, de rituales, busca de los sacramentos, sumisión a la autoridad) y la práctica de las virtudes teológicas (fe, esperanza, caridad) y cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza.

A los sucesores de Torquemada correspondió ir bosquejando poco a poco un retrato de Aparicio más conforme con las expectativas de la Santa Sede. Ya desde 1687 Leyba lo logró ampliamente, sin encerrarse en caminos demasiado convencionales, al mismo tiem-

⁵⁰ *Ibid.*, f. 147rº.

⁵¹ Torquemada, *op. cit.*, capítulos 12 a 19 s/n, en BNP, *fondo romano*, H 729.

po que supo poner de relieve los raptos, visiones y profecías de Aparicio, un aspecto de su vida que los testigos mencionaban, aunque muy brevemente.⁵² A fines del siglo XVII, Diego de Leyba era el postulador de su causa; al disponer de los archivos y al estar a la escucha de las autoridades romanas, se encontraba en buena posición para llevar a cabo esta indispensable labor. La reformulación hagiográfica corrió a cargo de Joseph Manuel Rodríguez (1769) y Mateo Ximénez (1789). Estos dos autores lograron consagrar la mitad de sus libros a las virtudes y a los dones sobrenaturales de Aparicio, de acuerdo con un plan de un perfecto rigor, donde figuraban en primer lugar las virtudes teologales y, posteriormente, las virtudes cardinales. Además, reelaboraron considerablemente el corpus de los milagros del santo, mientras que Leyba se había apegado muy de cerca a los testimonios recolectados. En efecto, este último les había concedido aún un sitio relevante: junto con las maravillas que habían acompañado su muerte, una larga lista de 282 milagros conformaba la mitad de su obra. Apenas si Leyba se había preocupado por distinguir y distribuir en capítulos separados los milagros *in vita*, de aquellos *post mortem*, y las maravillas de las reliquias de los milagros terapéuticos. La larga lista de estos últimos —más de 20 *post mortem*— se desgranaba sin orden alguno.

Joseph Manuel Rodríguez y Mateo Ximénez optaron por un procedimiento muy distinto: realizaron una estricta selección dentro de esta materia, conservando cada uno de ellos únicamente una reducida muestra, seguida por una breve síntesis estadística del conjunto del expediente.⁵³ Por lo demás, sus selecciones son reveladoras de sus preocupaciones. A todas luces la naturaleza del milagro seleccionado importaba menos que la manera como era obtenida la intercesión de Aparicio. De los 12 milagros *post mortem* que relata Mateo Ximénez, 10 implican una petición de misa, una presencia en la tumba, una novena, una invocación expresa o una súplica ferviente.⁵⁴

⁵² Leyba, *op. cit.*, 1a. parte, libro 4, f. 108-190.

⁵³ El primero que optó por esta solución fue Nikola Ogramic Olovic, en una hagiografía latina de Aparicio, publicada en Roma en 1696. Es verdad que esta obra estaba destinada prioritariamente a los eclesiásticos. Véase Nikola Ogramic Olovic, *Opusculum vitae, virtutum et miraculorum ven. Serv. Dei, frai Sebastián de Aparicio*, Roma, Tip. de la Camara apostolica, 1696, p. 174-184.

⁵⁴ Ximénez, *op. cit.*, libro IV, capítulo 5: *Varii altri miracoli*, f. 210 sq. En sus respuestas, los testigos interrogados sólo mencionan de manera excepcional las misas, novenas y pre-

Mientras tanto sus hagiógrafos lograron dotar a Aparicio de una historia y de una emblemática edificante. Todos hacen hincapié en un episodio aparentemente curioso de su infancia: hacia la edad de doce años, durante una “peste”, el joven Sebastián fue considerado como perdido por su madre. Entonces una loba entró a su habitación y chupó sus úlceras, que vació con sus colmillos. El niño fue salvado. ¿Para qué conceder tanta importancia a esta anécdota inverificable? Se sabe que la Iglesia pretende hacer de la acepción a la santidad el fruto de un largo aprendizaje. De costumbre, los hagiógrafos insisten sobre la educación cristiana que desde temprana edad recibieron los futuros santos, sobre su afición precoz por los ejercicios piadosos, luego sobre su vocación por la vida religiosa y, finalmente, sobre la santidad, que con frecuencia supone una o varias crisis espirituales. Pero también se sabe que, más allá de este discurso, la percepción más difundida de la santidad, incluso entre los clérigos, hace de ella un asunto de destino.⁵⁵ En el caso de Aparicio, nunca resultó fácil poner de manifiesto las etapas de su vocación por la santidad: nada se sabe de su juventud gallega y nada confesable puede decirse acerca de su práctica religiosa antes de que abrazara la religión; esta última no parece traducir la existencia de vocación alguna y, en el caso de Aparicio, jamás se hace mención de la menor crisis espiritual. En cambio, el episodio de la loba permite expresar lo más importante. La hagiografía proyecta hacia el inicio de su vida aquello que constituye el carácter más sobresaliente de Aparicio: su familiaridad sobrenatural con los animales peligrosos, un rasgo cuyo significado ya hemos visto. De esta manera, proclama que esta relación con el mundo animal, signo de su santidad, constituye efectivamente una cuestión de destino.

Asimismo, la Iglesia se esforzó por hacer evolucionar la imaginaria piadosa del santo. Como ya lo hemos visto, su público lo representaba inicialmente acompañado por una yunta, una carreta, un buey, o con la aguijada de boyero en la mano. Si bien lo identificaban claramente, estos signos, destinados a perdurar, no expresaban, en sí mismos, las virtudes del santo. El relato del milagro de

sencias en la tumba, y casi no ponen énfasis en la invocación. Se sabe incluso de un caso en el cual un milagro se verificó por inadvertencia: tras haberse sentado en una silla que había sido usada por Aparicio, una persona se percató, algún tiempo después...de que habían desaparecido sus dolores! ASV, *Riti* 1771, f. 52v^o-53r^o.

⁵⁵ Sallmann, *op. cit.*, p. 283.

la flor de lis, aparecida espontáneamente en el borde de la última jarra de agua tomada por Aparicio, experimentó un gran éxito hagiográfico, y fue precisamente este motivo el que seleccionó el grabador de la alegoría del santo ofrecida a Pío VI en vísperas de la beatificación de Aparicio: el busto de Aparicio surge de una gigantesca flor de lis crecida en suelo americano, por fin sacado del mundo salvaje por obra de su santidad.⁵⁶ La flor de lis, normalmente asociada a la Virgen, proclama la pureza y la virginidad de Aparicio, con lo cual se pretendía poner término al debate más apasionado en torno a su vida. En efecto, mucho antes que el historiador, la corte romana se inquietó por las distintas aventuras femeninas de Aparicio, así como por sus sucesivas nupcias; los postuladores de la causa y los hagiógrafos tuvieron que dar muestras de ingeniosidad para revertir las objeciones que suscitaban unas y otras.⁵⁷ De esta manera, la flor de lis se convirtió en uno de los emblemas más didácticos de Aparicio, al desempeñar sus connotaciones marianas un importante papel probablemente desde el siglo XVII.

La imagen de Aparicio, en sus dos versiones —aquella que esbozan las declaraciones de los testigos y aquella que proporciona su hagiografía— recuerda ampliamente las de los santos napolitanos, sujetos a las mismas tensiones. La distancia que pudimos establecer con respecto al modelo descrito para Europa, no expresa tanto diferencias de naturaleza, como divergencias de interpretación. En efecto, resulta que la percepción popular de la santidad de Aparicio no consiste tanto en un chamanismo más o menos cristianizado, como en la puesta en marcha de una especie de “fábula cristiana” en la que el santo, a través de sus prodigios, da testimonio de algunos de los misterios fundamentales de la Iglesia —por lo menos, en el presente caso: el recuerdo del paraíso terrenal y el dogma de la resurrección de los cuerpos y de las almas. Es verdad que cierto número de milagros evocan casos clínicos, sobre los cuales la etnopsiquiatría podría arrojar una luz bastante útil. Sin em-

⁵⁶ Este grabado puede encontrarse en BNP, *fondo romano*, H 1329. Aunque el milagro de la flor de lis no aparece en el proceso informativo, todos sus hagiógrafos lo mencionan. Véase Leyba, *op. cit.*, f. 34r^o-v^o.

⁵⁷ Este punto retardó durante más de setenta años el reconocimiento de la heroicidad de sus virtudes, proclamada en 1768, de lo contrario, habría podido proclamarse ya desde los años 1690. Véase BNP, *fondo romano*, en particular H 1328, piezas 6931 y 6934, así como H 1332, piezas 6944 y 6947.

bargo, debe reconocerse que los breves relatos de milagros con los que contamos difícilmente permitirían verificar la validez de las interpretaciones propuestas por esta disciplina, en tanto que la gran mayoría de los testimonios deja subsistir cierta duda en cuanto al valor efectivo de la curación o de la reordenación del mundo, cuando se trata de ejercer un control sobre la naturaleza.

Por otra parte, entre el quehacer del chamán y el del santo existe una importante diferencia, extrañamente pasada en silencio. El chamán es muy activo en la cura simbólica que orquesta de una manera u otra, ya sea practicando una succión, librando un combate simulado, o prescribiendo a los allegados una serie de operaciones más o menos complejas. En cambio, la mayor parte de las curaciones milagrosas obtenidas gracias a la intercesión del santo se producen después de su muerte y, tratándose de *miraculi in vita*, éste suele demostrar la mayor discreción.

Sin embargo, la diferencia más profunda entre la santidad novohispana de Aparicio y la santidad napolitana radica en la cronología de ambos fenómenos. En Italia conservó su dinamismo a todo lo largo de la edad barroca: florecieron las reputaciones de santidad, y entre 1585 y 1758 Roma canonizó a más de una veintena de venerables italianos. La santidad que encarna Aparicio no refleja la misma historia. En efecto, todo parece indicar que el fervor de los poblanos fue decreciendo paulatinamente, quizá desde la segunda mitad del siglo XVII, y sin lugar a dudas después de 1700. Cuando, en una obra mal fechada, pero escrita entre 1714 y 1746, Miguel de Alcalá y Mendiola establece un inventario de los poblanos muertos en olor de santidad, menciona a Aparicio, pero sin distinguirlo de sus 46 compañeros, aunque éstos jamás habían gozado de la misma fama.⁵⁸ Las celebraciones organizadas en México en 1768 para la proclamación de la heroicidad de las virtudes de Aparicio, al parecer no revistieron un boato particular; en todo caso, demuestran que la difusión de su culto permanecía limitada. Finalmente, parece ser que en 1789, el último postulador de la causa, Mateo Ximénez, no estaba convencido de que la beatificación de Aparicio sería seguida de su canonización. Entre otros temores, expresó su preocupación de que no se verificaran los nuevos milagros indis-

⁵⁸ Miguel de Alcalá y Mendiola, *Descripción en bosquejo de la imperial cesárea, muy noble y muy leal ciudad de Puebla de los Ángeles*, Puebla, Municipio, 1992, p. 108-111 y 163-173.

pensables para salvar la última etapa.⁵⁹ El público del santo se había cansado de esperar, mientras que en ausencia de reconocimiento oficial la legislación pontificia obstaculizaba el culto.

Aventuremos la hipótesis de que en el intervalo el público había encontrado otros mediadores, otras respuestas a sus angustias espirituales y otras salidas para sus dificultades materiales. La cristiandad novohispana siempre se enfrentó a los mayores obstáculos cuando trató de obtener la canonización de sus venerables. Los procedimientos romanos, lentos, complicados y excesivamente costosos, eran de difícil manejo para los hombres del Nuevo Mundo, particularmente para los mexicanos del siglo XVII, quienes experimentaban las mayores dificultades para convertir en dinero constante y sonante las sumas recaudadas en especie.⁶⁰ Si bien es cierto que la falta de reconocimiento oficial no vedaba totalmente el culto, impedía, en cambio, su despliegue. La eficacia simbólica del santo supone, asimismo, la circulación de sus reliquias, pero esta circulación es relativamente complicada, sobre todo cuando el culto no goza de reconocimiento oficial y sus manifestaciones en la tumba son necesariamente limitadas. Si bien, inicialmente, la muerte de Aparicio puso a disposición de los fieles gran cantidad de sus reliquias, su número se fue reduciendo progresivamente, puesto que en no pocas ocasiones su uso suponía su destrucción: reliquias arrojadas al agua para apaciguar la tormenta, al fuego para detener el incendio; reliquias quemadas, cuyas cenizas se disolvían antes de darse a beber a los enfermos. En una segunda etapa, el árbol del “rancho de Aparicio” vino a suplir las carencias; pero en 1769, este árbol ya se estaba secando.⁶¹

Al lado del santo y de sus reliquias existían la imagen milagrosa y sus copias, las que bastaba poner en contacto con el original para que se cargaran de todas sus virtudes. Hay que reconocer que la imagen era de un uso infinitamente más flexible que el santo cuerpo, y para una cristiandad que experimentaba grandes dificultades para dotarse de sus propios elegidos, ésta ofrecía numerosas venta-

⁵⁹ Fernando Ocaranza, *La beatificación del venerable Sebastián de Aparicio*, México, 1934, p. 140.

⁶⁰ Sobre este punto, véase Ocaranza, *op. cit.*, p. 79-81, 85-92 y 134-148. Ocaranza tuvo entre sus manos fragmentos de la contabilidad de los procuradores de la causa, conservados en el convento de Ara Coeli, en Roma.

⁶¹ Rodríguez, *op. cit.*, p. 231.

jas.⁶² ¿No cabría ver en ello el origen de esta cultura de la imagen, de la cual en ocasiones se afirma que ha adquirido en México dimensiones excepcionales? Se trata, en todo caso, de una hipótesis que bien valdría la pena examinar más a fondo.

Artículo recibido el 29 de junio de 2000 y aprobado el 21 de julio de 2000

⁶² Acerca de la relativa decadencia del culto a los santos en beneficio de las imágenes, particularmente de las imágenes crísticas y, más aún, marianas, véase Pierre Ragon, "Libros de devoción y culto a los santos en el México colonial (siglos XVII y XVIII)", en *Actas del XI Congreso Internacional de Ahíla*, AHILA-IELA, 1998, v. IV, p. 210-225. Sobre el vigor de las devociones mariales, véanse los trabajos de Thomas Calvo, en particular "Santuarios y devociones: entre dos mundos (siglos XVI-XVIII)", en *La Iglesia católica en México*, N. Sigaut, ed., Zamora, El Colegio de Michoacán, 1997, p. 365-379.